

La Unión Republicana

Llegó, por fin, el momento de consolidarse la inteligencia entre todos los elementos republicanos, con el nombramiento del Directorio que asume la dirección política de los tres partidos.

Ni citamos nombres ni discutimos a las personas. Acaso hubiera sido preferible elevar a la suprema dirección hombres nuevos y sin compromisos, para los grandes empeños de la voluntad y de la lucha, pero no se ha hecho así; bien hecho está lo hecho, con tal que inmediatamente pongamos manos a la obra sin preocuparnos de las imperiosas vacaciones del estío. Los intereses de la Patria y las soluciones de la República son más imperiosas, mucho más imperiosas que las conveniencias particulares del nuevo Directorio.

Los balnearios y las estaciones veraniegas deben dejarse por este año; si no, si esperamos allá a Octubre, ó los acontecimientos se nos habrán anticipado, ó la anemia habrá consumido el organismo. Así pensarán y así obrarán los nuevos directores; de ello estamos seguros y convencidos. Si ahora se disgregan, si se lanzan a buscar reposo, tememos por la suerte del partido republicano.

No somos pesimistas; conservamos la fe en las ideas, y no hemos perdido la confianza en los hombres que nos dirigen. Por esto, nuestro papel, como el de todos los de nuestra comunión, debe ser auxiliar eficazmente la labor y los trabajos que comienzan, de tal modo, que se disipen el entusiasmo y la constancia sin mirar abajo, sin fijarnos en nombres ni antecedentes, sino atentos solo al supremo ideal que ha de traer el supremo bien para España. Patriotas y republicanos, que es una misma cosa, consagremos por entero nuestra actividad a trabajar por la causa de la República y por la salvación de España. Elevemos el pensamiento sobre las mezquinas pasiones de los hombres, que nos divide ó nos enerva a la altura del ideal que nos une y nos ennoblece, y no discutamos ni principios, ni escuelas, ni procedencias. Todos somos republicanos y todos somos demócratas, pues todos debemos contribuir para que triunfen nuestras comunes ideas.

España nos mira atentísima; el pueblo y la opinión contemplan nuestra actitud. Las clases y los elementos retraídos esperan nuestras decisiones; no defraudemos las esperanzas de los extraños, ni entibiemos el celo y la fe de los propios.

Carga pesada han tomado sobre sus hombros los nuevos directores; que obren holgadamente sin cortapisas ni tibiezas, y menos desautorizaciones de abajo, que si no han sabido colocarse a la altura de las circunstancias, y si no saben responder a la confianza del partido republicano, tan grande será su rechifla como su fracaso. El juicio de residencia sería inflexible, si pronto, muy pronto, no responder a los clamores de la opinión.

La situación del país demanda plazos cortos para obrar; si los hechos en un término perentorio no responden a la confianza y a las esperanzas, entonces ¡ah! entonces no debe haber consideración ni atenuaciones a la falta; mientras tanto, trabajemos incesantemente.

Como no nos duelen prendas, y no conocemos otro medio más adecuado de decir las cosas, exponemos nuestras opiniones con entera claridad y emplazamos a ese Directorio, a quien hoy respetamos, y cuyas decisiones estamos dispuestos a seguir hasta que llegue el momento de desplegar bandera de guerra, que abrigamos la esperanza de que no ha de llegar. Los que hemos luchado veinticinco años sin provechos de ningún género, atentos exclusivamente al servicio de las ideas, tenemos derecho de hablar así, y podemos exponer nuestro pensamiento sin temores, ni miedos, ni consideraciones, que en este punto serían ociosas y contraproducentes.

Nuestro modestísimo pero entusiasta y activo concurso, lo pusimos al servicio de la Unión, prestando de conveniencias personales y despreciando actitudes en aras de la concordia. Este título nos autoriza a decir a los señores del Directorio que no pierdan un día ni una hora si

es posible, que sacrifiquen sus personas y dejen a un lado sus comodidades y sus conveniencias de familia, que primero es el servicio de España y la República, y por esto se han puesto al frente de los destinos del partido republicano. Que mediten bien, porque los republicanos les observamos, que no ha de ser esta nueva postura tan estéril como las anteriores, ni ha de quedar en la impunidad la culpa y las responsabilidades.

Ahora lo que importa es que los directores primero, y todos los demás después, cumplamos con nuestro deber.

A. A.

Murmuraciones

La Regente ya está buena del ligero constipado que a todos nos dió esperanza de que el Gobierno iba malo por el camino torcido ese de regenerarnos, Celebro la mejoría y que nada haya pasado: ¡hay Villaverde y Silvela para pasar el verano!

**

Nos dicen que es un escándalo lo que diariamente ocurre en el mercado de la Encarnación. Se cuenta, por quien lo sabe, que existe en dicha plaza un cabo que lleva más de cuatro años ejerciendo con el beneplácito de los tenientes de Alcaldes que allí tenían; y que llega a tal extremo el descuido y la vista larga del cabo susodicho, que el marchante que lo desee puede comer carne de cerdo acabado de matar.

Si la salud pública no estuviera en peligro, yo no diría una palabra, que nada me importa que el cabo de la municipalidad se las busque ó no se las busque; pero el escándalo ha llegado ya a un punto que no es posible pasar en silencio los hechos que se nos denuncian.

Rogamos al señor Alcalde se sirva enterarse de lo que ocurre en la plaza de la Encarnación para que por las autoridades a quienes compete se aplique el remedio.

Nada nos importa el concierto entre cabo y vendedores; nada que cada cual trate de buscar para sí los mayores rendimientos en la industria que ejerza; pero sí nos importa la salud pública con la que se viene jugando con manifiesto perjuicio para todos.

Como se trata de algo serio, nos abstenemos de decir una palabra más, que pudieran hacer creer nos gufan otros móviles, y esperamos que por la Alcaldía se pondrá el debido correctivo.

**

No se echa uno periódico a la cara, en el que no se lea esto ó cosa parecida:

«El Juzgado se personó ayer en nuestra casa, para proceder a las diligencias consiguientes a una denuncia. El trabajo que la ha motivado se publicó el día 12; un artículo titulado «Otro empréstito». Con ésta son seis las denuncias que llevamos en menos de un mes. Ni pretestamos ni nos quejamos de ello; el papel de víctima nos agrada tan poco que ni aun siéndolo nos acojemos a él. Nos tienen sin cuidado las denuncias y los procesamientos, dicho sea con toda clara sinceridad. Todo lo malo que pudiera sucedernos es que nos encarcelasen. Más vale perder la libertad que la vergüenza.»

Crea usted, amiguito, que con vergüenza y en la cárcel hace uno un mal papel.

Lo más conveniente, cuando llegan estas horas tristes, es dejarse ir por la corriente sin forzar el paso.

Y a esperar otros tiempos mejores. Si llegan... ¡porque esto se va poniendo de un modo que ya se le acaba a uno hasta la esperanza!

**

Con estrignina en gran dosis se ha suicidado en Oviedo, según nos dice la prensa, un ilustre farmacéutico.

¡Vaya un gusto de matarse como se matan los perros!
¡Los dolores que tendrá ese señor farmacéutico!

**

Consejos científicos que son muy útiles para los pobres:

«Las espinacas producen un efecto saludable en los riñones.

Los espárragos purifican la sangre.

El apio obra admirablemente sobre el sistema nervioso y alivia el reuma y la neuralgia.

Los tomates ejercen influencia saludable sobre el hígado.

Los nabos son un aperitivo excelente.

Las lechugas y el pepino son refrescantes en sumo [grado.]»

Ya saben los contribuyentes cómo se curan los sofocones:

¡Con lechugas y pepinos!

**

Y escribe *El Fals*:

«Tienen oídos y no oyen, tienen ojos y no ven», puede decir Silvela y todo el régimen, de la opinión española.

Todavía no nos hemos enterado los españoles de que al gobierno no le da la real gana, ni de reducir los presupuestos, ni de reformar nada, ni de reorganizar nada, ni de moralizar nada, ni de economizar nada.

No nos hemos enterado de que el que no pague los impuestos será considerado como un criminal, que hay que disolver el Círculo Mercantil, que hay que meter en la cárcel al directorio de la Unión Nacional.»

¡Vaya si nos hemos enterado!

¡Acaso ignora el colega que, por eso mismo, nos empujamos los unos a los otros para ir a pagar la contribución?

CARRASQUILLA.

Puertas falsas

Es público que la noche en que se cerró la suscripción al empréstito entró mucha gente en el Banco de España por las puertas falsas, en cuyo local también comparecieron tres ministros que no serían seguramente suscriptores al empréstito, ni siquiera amigos ni abogados de las opulentas casas representadas en aquellos momentos por sus gerentes ó directores.

Se cerró la puerta grande, la de la luz, la de la claridad, la que se abre al público que va con las manos limpias, y se abrió el portillo de las sombras, para dar acceso y entrada a los conspiradores y conjurados del agio y del chanchullo.

A los clamores de la prensa y de la opinión señalando el lugar del delito y los nombres de los delinquentes, con acompañamiento de las piezas de convicción y todo el lastre del engaño, de la perfidia, del abuso de confianza, de la superioridad, de la nocturnidad, de la impunidad, etc., etc., etc., el fiscal permaneció silencioso y mudo, y no se le ocurrió denunciar los hechos, ni siquiera publicar una nueva circular, sin duda porque el Gobierno se quiso reservar para sí la gloria, y se ha valido de otra puerta falsa para hacer que los tribunales entiendan en el asunto. Como son tan hábiles letrados los ministros, han dicho:

—Denunciamos a *El Liberal*, y como se trata de una calumnia, se admite prueba en contrario, y todo el mundo queda contento. Otra broma pesada y otra hipócrita determinación para seducir a incautos.

Pero la Unión Nacional había tomado ya la resolución de intentar la acción pública, y a ella y mediante el dictamen y el consejo de cuatro letrados que son catedráticos de la Universidad central. No conocemos los designios del Directorio, ni la forma y condiciones en que habrá formulado la consulta y planteado la cuestión a los letrados, y menos el dictamen de éstos, por lo que se refiere a las múltiples cuestiones y muy complejos problemas de derecho que aquí se presentan, ni queremos anticipar juicios sobre el fondo de la cuestión, porque desgraciadamente se quedará reducida a la forma.

No son estos problemas a propósito para un proceso judicial, del que no puede resultar otra cosa que muchas declaraciones, muchas diligencias, papel sellado de oficio a resmas y muchas conferencias. Recomendación del ministro (jefe) al juez para que proceda rápidamente, y todo lo demás propio de estos casos, pero el desenlace será el mismo que el de las causas incoadas cuando la cuestión Cabriñana, los famosos procesos por consumos, los de las guerras coloniales y otros muchos que podríamos citar.

Los tribunales han de someterse al estricto cumplimiento de la Ley, y surgirá primero la cuestión de competencia, ya por el lugar del delito, por el de su generación, por el domicilio de los delinquentes, por el carácter y condición de las personas. Por de pronto, si hay respon-

sabilidad para algún ministro, ni puede haber proceso, ni causa, ni nada, porque el juez y todos los jueces y tribunales españoles son incompetentes. Si se trata de españoles y diputados, irán los suplicatorios a los respectivos cuerpos colegisladores, y allí se morirán de viejos. Lo único que podrá ocurrir es que si algún portero ú ordenanza, criado ó mandadero, ha hecho algún servicio relacionado con el delito, y por mandato superior, contra éste se desencadenen las furias de la justicia y sea encartado en el procedimiento por toda su vida.

No nos hagamos ilusiones ni pequemos de cándidos; si la acción se intenta para cargarse de razón y demostrar una vez más que aquí todo está podrido y que obedece y responde a las conveniencias del régimen, como determinación hábil puede pasar, aunque se ha de perder mucho tiempo, mejor empleado en otras empresas; pero si la acción se intenta para que caiga el Gobierno, entonces nosotros protestamos enérgicamente de una determinación que va guiada a una positiva inteligencia, con lo que ha de venir tan sospechoso, tan corrompido y tan malo como lo que hay; si es con la esperanza de obtener justicia contra el crimen perpetrado, es cándido pensarlo, porque aunque la justicia no tiene puertas falsas, el mecanismo de la Ley de procedimientos permite salidas que cubren responsabilidades ó hacen imposible la acción judicial. Creimos hace muchos años que habíamos llegado a la unificación de fueros, y hoy hay más aforados y más tribunales especiales que antes de 1868; como que hemos inventado los tribunales de honor, con violación manifiesta del Código penal y con notoria invasión de las atribuciones de los tribunales de justicia. Los tribunales de honor son una fuertísima muralla, un lugar inmune contra la acción de la justicia.

Por eso no podemos prometernos nada de la acción judicial en este caso, ni de la puerta franca y el camino amplísimo y derecho de la justicia.

De manera que, aunque no existan puertas falsas para penetrar, existen caminos por las tortuosas sendas del leguleyo para despistar del rastro principal, logrando la impunidad a fuerza de sofismas.

La conciencia pública, que se da cuenta exacta de todo, no fia en estos recursos, y sólo a su fallo y a la acción vigorosa y sana del tribunal del pueblo le toca decidir, porque suya es la razón, a él le corresponde el conocimiento, y sólo el pueblo es juez justo é inexorable.

A.

EL PUEBLO

«¿El pueblo! ¿Y quién es el pueblo? ¿Dónde está, y qué hace ese pueblo? ¿Dónde se ha escondido el montón anónimo, la soberana masa, eso que llamáis pueblo vosotros los que guardáis en vuestros corazones el fuego de la juventud?...» —dicen enfáticamente cuatro pusilánimes aristócratas con pujos de escepticismo...

¿Qué quién es el pueblo?—¿Hay acaso quien lo ignore?—El pueblo lo es todo: es la ola que arrastra, que barre lo rufo: es la justicia misma; es el cerebro del mundo: donde laten todas las ideas nobles, generosas, santas; donde tienen eco los más delirantes entusiasmos; de donde brotan las más grandes iniciativas; donde germina la semilla revolucionaria; de donde ha de surgir brillante, puro, sin nube que lo empañe, el sol vivificador de la República...

¿Qué quién es el pueblo? El puñado de hombres que salvó a Roma; el racimo de héroes que libertó a Francia; el enemigo irreconciliable de los reyes; la masa trabajadora que pasa su existencia en los talleres para que cuatro imbéciles ridículos puedan asistir a las carreras de caballos, a los Beti-Jais, a los billares, y a todos los centros de lenocinio de los que la moral sale dando tumbos y traspies.

El pueblo, ese pueblo sumiso, apocado, sensato, es el mismo que ante las grandes injusticias, ante los brutales atropellos, levántase airado para destruir de un zarzapazo la relamida obra de gobernantes de sangre azul aunque ineptos y crupulosos: el que venga las ofensas todas, el que recoge los perfumados guantes que nn día le arrojan al rostro...

Los grandes genios, los talentos más grandes que con sus iniciativas ó creaciones maravillosas asombraron a la humanidad, decid, ¿no salieron de esa masa llamada pueblo? ¿No fue-

ron engendrados por esa canalla á la que despreciais vosotros los que recibís las frías caricias de esa damisela conocida por Fortuna?

Cristóbal Colón, el que nos legó un mundo que se nos ha escapado de las manos, hijo fué de un cardador de lanas; Shakespeare, el gran poeta inglés, fué hijo de un carnicero; Virgilio el cantor de la «Eneida», hijo de un alfarero; Cronwell, el autor de la gran revolución de Inglaterra, fué herrero; Balmes, el filósofo más ilustre del siglo XIX, fué en sus mocedades sombrerero; Plauto, poeta y autor dramático latino, mozo de panadería; Calomarde, hijo de un posadero, como Russini, el inmortal autor de «Guillermo Tell» y del «Stabat Mater»; Lincoln, fué leñador; Pizarro, el conquistador del Perú, fué en su niñez porquero, y, finalmente, el sabio Edisson, el que recorrió el misterioso velo de la ciencia, fué vendedor de periódicos y hasta *golfo cotillero*...

¡Ese es el pueblo! Esa es la canalla que tratáis de vilipendiar; ese el haz de *descamisados* que creéis ver entonando el himno de Garibaldi á la par que descabezando fantoches, y que no es otro que el poderoso astro que os eclipsa, la colosal esfinge que admiráis, el rizado mar que os extasia contemplando su belleza grande, su plácida bonanza...

¿Habéis conocido algún Masianello de sangre azul? ¿Sabéis que haya surgido de esa encostrada sociedad—tan pulimentada por el moderno jesuitismo—algún Temístocles?... ¿Ha corrido vuestra sangre por las venas de Benjamín Franklin, de Thimmonies, de Tirón, de Jacquard, de Stephenson, de Cobden, de Winkelman y de tanto otros hombres ilustres como los nacidos en el seno de ese pueblo que anatematizáis?

¡Sois unos imbéciles! De seguir como hasta aquí en España la política de destrucción; de continuar arrastrándonos hacia el más grosero fanatismo y la superstición más abominable; de zaherir continuamente al pueblo, á ese pueblo que trabaja, sufre y calla, no sería aventurado vaticinar un macabro baile de cabezas que pusiera fin á tanto desmán, á iniquidad tanta.

Cuando ese día llegue: cuando marque la hora en el reloj del tiempo la saeta de la justicia, entonces, ¡oh, golfos charolados! conoceréis bien de cerca quien es el pueblo.

JUAN BOSCH

La guerra en China

Los últimos telegramas aseguran que la guerra entre las naciones europeas que tienen intereses en el celeste imperio y los chinos, ha estado con el bombardeo y toma de los fuertes de To-kou, por la escuadra internacional que se encontraba desde hace algún tiempo, esperando los acontecimientos que hoy se desarrollan, en aguas del golfo de Petchili.

Por juzgarlo asunto de gran interés, publicamos los últimos telegramas referentes á los sucesos que hoy tienen lugar en China:

Según despachos de Hong-Kong, ha zarpado de aquel puerto el crucero inglés *Terrible* con destino á Taku, llevando á bordo dos compañías de infantería.

El capitán que manda el barco ha adoptado las medidas necesarias para desembarcar piezas gruesas de artillería, á fin de que las utilicen los destacamentos británicos.

Otro crucero inglés de la escuadra del Extremo Oriente ha recibido también la orden de zarpar inmediatamente con rumbo al Norte, llevando instrucciones en pliego cerrado.

Desde Hong-Kong dicen al *New York Herald* que reina gran actividad en el arsenal de aquel puerto.

Además del crucero *Terrible* que salió ya con rumbo á Taku, ha zarpado el crucero *Undaunted* sin detenerse á recoger las necesarias provisiones, y el *Rosario* ha recibido también la orden de dirigirse al golfo de Petchili.

Probablemente, el *Buenaventura*, barco norteamericano, está preparándose para abandonar la bahía de Manila.

El presidente Mr. Mac-Kinley, el secretario de Estado Mr. Hay y el ministro de la Guerra, han conferenciado detenidamente, y han acordado enviar desde Manila tropas para reforzar el contingente norteamericano desembarcado en China, en el caso de que no se reciban en algún tiempo informaciones del almirante yanqui.

Se asegura en los círculos diplomáticos de esta ciudad que en la discusión mantenida entre las potencias interesadas en los asuntos de China, el gabinete francés insistió de una manera especial en que se mantenga el actual equilibrio en el extremo Oriente, insistencia acogida naturalmente con complacencia por el Gobierno inglés, que no se halla ahora en condiciones para sacar del reparto del Celeste Imperio la parte del león, como desea la ambición británica, y está atado de manos por la guerra contra los boers.

Se cree que la proposición de Mr. Delcasse y los esfuerzos que hacen otros gobiernos para contrarrestar las impaciencias moscovitas impedirán que cualquier nación desembarque en territorio chino mayor número de tropas que cada una de las demás, para evitar, se dice, la puja entre las diferentes potencias.

Algunos temen ó desean que Rusia no se avenga á complacer á Inglaterra aceptando la limitación señalada por su amigo el Gobierno francés, y otros menos recelosos creen que en este conflicto de política internacional, el deseo

principal del ministerio francés no ha sido evitar á la Gran Bretaña el bochorno de mostrar su ambición y su momentánea importancia, sino mantener la paz y la unión entre las potencias para reprimir las tropelías de los boxers.

Los telegramas últimos presentan como muy crítica la situación de China.

Según informes de Shanghai de origen fidedigno, 10,000 soldados chinos que se hallaban fuera de Pekín, se desbandaron uniéndose á los boxers.

Las tropas del Gobierno del Celeste Imperio se hallan en tal estado de insubordinación que se considera imposible que puedan contribuir á restablecer el orden.

El destacamento internacional avanza lentamente.

Los rebeldes han incendiado los edificios protestantes de Pekín.

Ha causado sensación la noticia de que los boxers se apoderaron de los edificios de todas las legaciones extranjeras de Pekín.

Mañana llegará á Tientein un transporte alemán con 1,200 hombres.

Se asegura que el ministro de Alemania en Pekín ha sido preso por los boxers.

Si esto se confirmara revestiría extraordinaria gravedad.

Los fuertes de Takón los han tomado las tropas que conducían las escuadras europeas después del bombardeo.

Ha empezado la guerra contra China, siendo difícil prever las consecuencias.

El general chino Nieh, que marchaba sobre Take al frente 2,500 hombres, ha sido degradado á consecuencia de las crueldades que cometió contra los boxers.

Mil setecientos soldados rusos con cuatro cañones marchan sobre Pekín.

De actualidad

LA PRENSA Y EL GOBIERNO

Comentando *El Liberal* sus denuncias, dice que es probable que sea denunciado más veces. Considera inútil la persecución contra la prensa emprendida por el Gobierno.

El País dice en un artículo que publica con el título *El triunfo de la fuerza*, que el Gobierno tiene con su garrote acobardados á políticos, contribuyentes y periodistas.

Dice *El Globo* que separa á los ministros del pueblo una ancha brecha. El Gobierno es atacado por toda la nación.

El Imparcial, al comentar su denuncia, pide al Gobierno un criterio relativo á lo que pueda publicarse de la Unión Nacional y á lo que debe suprimirse.

DECLARACIONES DE PARAISO

El Liberal publica declaraciones de D. Basilio Paraiso.

Aplauda éste la campaña moralizadora que está haciendo el popular periódico.

Después de la conferencia de la paz, de París—dice Paraiso—creemos que España se regeneraría, pero ha bastado un año para perder la esperanza.

Es necesario que renazca la tranquilidad, y para eso precisa sustituir la actual política por otra austera, previsora y de ahorro.

EL FABRICANTE NIQUET

El Liberal censura que las autoridades de Barcelona hayan permitido que el fabricante de Tarrasa, Niquet, izara en su fábrica la bandera francesa y reclamara auxilio del consul.

SIN ACUERDO

Confírmase la reunión de Gamazo, Romero, Tetuán y López Domínguez, ocupándose de la situación política, sin llegar á un acuerdo.

CONSEJO DE MINISTROS

Facilitóse una nota oficiosa con elogios al empréstito que dice ha restaurado el crédito y mejorado los valores.

Aplauden los extraños y censúranse solo en España con campaña difamatoria.

El gobierno está dispuesto á exhibir documentos y expedientes para impugnar las acusaciones.

Sigue diciendo la nota que se procederá con energía contra los delitos de resistencia, ejecutando á los morosos y publicando las listas de los ejecutados, especialmente de los que han capitaneado el movimiento.

Si se produjeran desórdenes se suspenderán las garantías donde sea preciso y se usará de todos los medios que la ley de Orden público contiene.

DE RÍO TINTO.—NERVA

Las noticias oficiales son que los obreros de Río Tinto y de Nerva han concurrido á sus trabajos hoy.

El representante de las minas de Tharsis comunica al gobernador que 200 cargadores del muelle, después de la hora del almuerzo, se han negado á reanudar su trabajo. Como medida de previsión se enviará al lugar de la huelga 20 guardias civiles.

También en Sotiel Coronada se ha solucionado el conflicto.

EN EL CIRCULO MERCANTIL

Se ha celebrado una reunión en el Círculo Mercantil que duró un cuarto de hora

En local estaba completamente lleno de individuos de los gremios.

Presidió el Sr. Mahón, quien advirtiendo que se hallaba presente el delegado de la autoridad, dijo que era necesario enseñar el cumplimiento de las leyes á los encargados de ejecutarlas.

Censuró el empréstito y terminó diciendo que había que imitar al Directorio hablando poco y haciendo mucho.

Después levantó la sesión entre aplausos, protestas y vivas á la Unión.

Se habían adoptado muchas precauciones.

Después se celebró una segunda reunión pronunciando el Sr. Paraiso un violentísimo discurso que me abstengo de telegrafiar porque sería prohibido por la censura.

Al terminar fué aclamado con entusiasmo.

LA RECEPCIÓN DE LOS COMERCIANTES

Aumenta la expectación por haber dicho el Sr. Dato que hoy á las dos de la tarde recibirá la Reina á la comisión de los comerciantes.

Estos insisten en negar que hayan nueva mente solicitado audiencia.

SAGASTA POR LA UNIÓN

El Liberal dice que el Sr. Sagasta ha declarado que hace suyo el programa de la Unión Nacional, siendo preciso poner en práctica enseguida aquello que sea más factible y rápido, ejecutándolo conforme las circunstancias lo demanden.

La mala casta

Como bonita, era de lo más bonito que paseaba por Madrid. ¡Había que verla camino del taller, cuando con el mantón de lana sobre los hombros, el pañuelo de seda á la cabeza, airoso el andar y erguido el cuerpo, recorría las calles, acariciada por el vienteillo de la mañana y por el piropeo de los transeúntes!

Era su pelo rubia mata de trigo, requemada por el sol de Agosto; sus ojos, azules; corta y respingoncilla su nariz; rojos sus labios; blancos y menudos sus dientes; redonda la barba, y estatuario el cuello, que se destacaba como columna de alabastro sobre el pañuelo rojo que le servía de pedestal... ¡Si era bonita!... Bastaba preguntarlo á cualquiera; á los horteras, que saltaban por encima del mostrador para seguirla con los ojos desde la puerta de su tienda; á los obreros, que se quedaban con la boca abierta mirándola pasar, y sonreían como pensando: ¡Qué cosas tan buenas sabemos construir nosotros!—A los señoritos, transformados en perros de muestra al atisbo de aquella hermosa pieza humana; á los vecinos de Luisa (así se llamaba), puestos en facha para verla subir los escalones de su vivienda; á los pájaros... que también los pájaros metían sus cabecitas de granuja por el ventanuco de la bohardilla donde Luisa habitaba para dedicarla el truhanesco requebrar de sus trinos.

Luisa había nacido hermosa de entre la infamia y la miseria, como nacen hermosas las flores de entre el estiércol. Su madre fué una perdida, una madre mala, que la abandonó por irse con cualquiera, cuando la niña no tenía diez años; su padre era un borracho, un holgazán, que tras matarla de hambre, mientras tuvo que mantenerla, se dedicó á vivir á costa de la muchacha cuando ésta empezó á ganarlo. Así vivió él, hasta que un día reventó en medio del arroyo asesinado por el aguardiente.

Luisa contaba entonces diecisiete años y aun no había transcurrido medio cuando la suerte empeñada en servirla, puso delante de sus ojos á un mozo con más audacia que corazón, más apetitos que conciencia y mejor figura que sentimientos.

Hijo de unos labradores ricos, estudiaba Anselmo en Madrid el quinto curso de primero de Derecho romano, y si no copocía bien el camino que á la Universidad conduce, conocía maravillosamente todos cuantos llevan á la diversión y al jolgorio. Habitaba, en clase de huésped, el piso principal de la casa donde vivía Luisa, y un encuentro hoy, otro mañana, esta galantería dicha al paso, aquella pronunciada más cerca de la joven, trajeron como resultado para ésta, primero, una gran simpatía hacia el estudiante; luego, una pasión incondicional, profunda, y, al fin, la entrega absoluta de su alma y de su cuerpo, esa entrega primera de los seres que no han encontrado cariño en nadie, y que en medio de su aislamiento y su desamparo, contemplan unos brazos que se tienden hacia ellos.

¿Qué remedio, sino caer en esos brazos? Luisa cayó... Y no pudo quejarse. El estudiante la hizo feliz durante cinco meses.

Feliz como no había pensado serlo nunca. Feliz al salir por la mañana hacia el taller, luego de contemplar á Anselmo dormido y enviarle su alma en un beso; feliz cuando del trabajo vol-

vía y preparaba la mesa y comía con Anselmo manjares enriquecidos con frases del amor y sazonados con caricias; feliz por la noche, cuando sentados junto á lámpara, referíale ella su anierior existencia, el abandono de la madre criminal, las infamias del padre borracho; recuerdos tristes que traían lágrimas á sus ojos, lágrimas que él secaba con sus manos trémulas de pasión; feliz siempre, y más feliz que nunca el día en que ruborosa, palpitante, con voz que la dicha hacía celestial y la vergüenza queda, le habló de su hijo, del pedazo de los dos que había sentido latir en sus entrañas, y que iba á unirlos para siempre...

—«¡Un hijo!... ¡demonio!—pensó Anselmo—

¡Qué acontecimiento tan oportuno!... Aquello era más que una contrariedad; podía ser un obstáculo para su porvenir. ¡El vástago de gente adinerada con novia en el pueblo, y novia rica; con esperanza de ser, andando el tiempo, diputado, ministro, ó gobernador por lo mínimo, comprometerse con la hija de una perdida y un aguardentoso!... ¡No faltaba otra cosa! Era preciso cortar por lo sano, y á escape, como él sabía, como sabría hacerlo...

Y lo hizo, desapareciendo una noche para no volver más.

¿Qué le importa á él de Luisa, de aquel fruto de la miseria, de la infamia, de aquella encastada por el libertinaje y por el alcohol?... En cuanto al chiquillo... ¡Bah! Quizás no naciese, ¡Y si nacía!... Estaba resuelto á no saberlo á punto fijo.

La desesperación de Luisa al saber su abandono, fué espantosa, horrible... Hubo un instante en que sintió el vértigo suicida y subió al estrecho ventano é inclinó el cuerpo hacia la calle, dispuesta á romperse contra las piedras del arroyo.

Pero, no. ¿Y su hijo? Era preciso vivir para él, trabajar para él. Para él vivió y trabajó sin descanso hasta que el niño vino al mundo.

Y volvió á ser feliz con aquel pedazo de sus entrañas, y reconcentró en él la vida, el porvenir entero. ¿Qué significaba un padre, el infame que había jurado por ella? Nada. Lo grande, lo sublime, lo permanente, el amor verdad era la hermosa criatura que reía en sus brazos.

Dos años transcurrieron. El niño comenzaba á andar, haciendo estremecerse á la madre de temor y alegría con el bamboleo de su cuerpo y con la torpeza de sus pasos.

Un día el niño cayó enfermo. Luisa tenía caentura: ya no sonreía, ya no había sus ojos azules; ya no agitaba con infantil ansia sus bracitos redondos. Tendido en el lecho, encendido el rostro, fatigosa la respiración, inmóvil el calenturiento cuerpecillo, parecía una flor marchita, bella aun, pero empalidecida por las proximidades de la muerte.

Vino el médico: vió al enfermo: recetó una medicina; volvió al día siguiente, al otro... Y la enfermedad prolongándose, y la madre sin poder acudir al trabajo, y el niño necesitando cuidados y los cuidados costando dinero, y el dinero saliendo del pobre ajuar de Luisa; de sus ropas, que fueron prenda á prenda, á convertirse en prendas de plata; de la cómoda, del sofá, de la ropa de cama, de su máquina, de coser, ¡que también tuvo que empeñar su máquina su único instrumento de guerra para defenderse en la batalla de la vida!... Después nada; ya no quedó nada más que la enfermedad terca, la miseria invencible y la madre llorando...

—Es preciso darle esta medicina—dijo el doctor, entregando á Luisa una receta.—De ella depende la salvación del niño; jugamos con ella la última carta.

—¿Y cuánto... valdrá?—murmuró Luisa recogiendo el papel con temblorosa mano.

—Unos tres duros—respondió el médico desde la puerta.

¡Tres duros! ¿De dónde sacarlos?... ¡Ya no tenía que empeñar! ¡Nada!... ¡Nada!...

Luisa miró á su hijo; cogió un frasquito de cristal, lo metió en un bolsillo, juntamente con la receta, y salió á la calle.

¿Dónde iba? ¿Sabíalo ella acaso? Por los tres duros primero; por la medicina, después. ¡Por la medicinal!... Es decir, por la vida de su hijo...

—Vamos, muchacha, convéncete—decía á Luisa un señor grueso, respetable, bien trajeado; pidiendo limosna no los tendrás. Hazme caso convéncete.

—Sí, vamos, vamos pronto—respondió la obrera.

Y se perdió con el hombre en el fondo de un portalillo estrecho, alumbrado por un quinqué que lucía por entre una alambra abollada y sucia...

Luisa salió á poco y echó á andar precipitadamente, sin mirar el horrible casuco que deja á su espalda, ni á la gente que iba por la calle.